

Andalucía y el regionalismo

JULIÁN MARÍAS *

ANDALUCÍA tiene tan larga duración (es tal vez la más vieja tierra histórica de Europa), ha tenido siempre tan profunda y fina relación con el tiempo (todo conservado y actual a la vez), que quince años no parece demasiado. Y sin embargo...

En 1965 escribí un pequeño libro titulado *Nuestra Andalucía*; fue apareciendo en *El Noticiero Universal* de Barcelona, y unos meses después en forma de libro, con hermosas acuarelas de Alfredo Ramón y un penetrante prólogo o «compás» de Enrique Lamente Ferrari; luego se ha reeditado varias veces, solamente el texto; y en estas ediciones desapareció, no sé por qué, un minúsculo detalle. El capítulo cuarto se titulaba: El «regionalismo» andaluz. Se han omitido las comillas, y puede leerse: El regionalismo andaluz. No estaba ya muy seguro de que en Andalucía hubiese regionalismo, o de que fuese parecido a lo que así se llama en otras partes. Tal vez los impresores han pensado que no había diferencia; los políticos, ahora, parecen ser de la misma opinión. El regionalismo parece ser sumamente fuerte en Andalucía; algunos creen que en eso *consiste* Andalucía. ¿Será verdad? ¿Estaba yo equivocado, o han cambiado mucho las cosas, o hay un error en la actual interpretación regionalista de Andalucía? Creo que vale la pena intentar aclarar esta delicada cuestión; pero, para no ser infiel a lo que Andalucía ha sido durante cosa de tres mil años, sin prisa.

**QUINCE
AÑOS
DESPUÉS**

Probablemente —pensaba yo hace quince años— Andalucía es, de todas las porciones que integran España, la que tiene más acusada e inconfundible personalidad, y más *inmediata* complacencia en sí misma; ha existido lo que se puede llamar «andalucismo», aunque alguno de los más finos y hondos andaluces hayan desconfiado de él. Por ejemplo, Antonio Machado. «Según eso, amigo Mairena —habrá Tortólez en un café de Sevilla—, un andaluz andalucista será también un español de segunda clase. En efecto —respondía Mairena—: un español de segunda y un andaluz de tercera.»

Andalucía representa —decía yo— un máximo de «regionali-dad» con un mínimo de «regionalismo», por faltar al carácter *voluntario*, por no haber *arcaísmo*, ni añoranza de tiempos pasados, aunque fuesen mejores, ni resentimiento. Por eso produce Andalucía esa impresión de *elegancia*, «para la cual temo que se esté perdiendo la sensibilidad» —añadía ya entonces—. El andaluz se inserta en España apaciblemente a través de Andalucía, sin que le ocurra siquiera que las cosas pudieran ser de manera distin-

* Valladolid, 1914. De la Real Academia Española. Miembro del Colegio Libre de Eméritos.

ta. Y eso, no se olvide, con una conciencia tan aguda como justificada de ser «diferente»; más aún, de ser «único».

Andalucía ha «invitado» a todos los españoles a participar en su expresión original; y así ha conseguido la interpretación andaluza de España entera (y en buena medida de Hispanoamérica). Mi conclusión de 1965 era esta: «La plenitud, holgura y comodidad con que el andaluz se abandona a vivir de su condición regional se debe, sin duda, a que nunca ha mezclado con ello ninguna clase de "nacionalismo". Ha comprendido que la realidad de ese *pueblo* al que radicalmente pertenece corresponde a otro estrato o nivel, y nunca ha sentido la tentación de proyectar sobre él una seudomor-fosis "nacional". La "sustantividad" de Andalucía —si se me permite esta expresión un poco pedante— me parece extremada, tanto que ha permanecido a lo largo de siglos, desde mucho antes que España, y ha cruzado distintas formas históricas y culturales, manteniendo un núcleo persistente a través de fenicios y romanos, visigodos y árabes, beréberes y castellanos. Séneca, Lucano, Ave-rrões, Maimónides, sin duda no eran españoles, pero eran cordobeses; Trajano era sevillano, y San Isidoro seguramente se sevilla-nizó. Andalucía ha ido aceptando —creo que ilusionadamente— los destinos que la historia le ha ido proponiendo; por eso hace muchos siglos que, diferente y segura de sí misma, con gentil compás de pies, se incorporó a ese destino común de la gente española que se llama nación.»

En el tiempo transcurrido desde que escribí estas palabras, han ocurrido varios cambios en el tratamiento de Andalucía. Tengo la impresión de que la mayoría son superficiales, originados en el periodismo o la política, y casi siempre fuera de Andalucía, recibidos por contagio de otros planteamientos.

Ha empezado a querer olvidarse la soberana belleza de Andalucía, esa belleza *intrínseca* de todo lo andaluz, que no consiste en que existan grandes obras de arte, y que por eso refleja y expresa lo más profundo y originario. Recordar esa belleza ha parecido «irritante», con una irritación no enteramente distinta de la que ha suscitado en ciertos grupos sociales la belleza de la mujer. Ha habido una manifiesta voluntad de *reducirse* a los aspectos negativos de Andalucía (que nadie había olvidado, y menos que nadie Azorín en «La Andalucía trágica», que yo subrayaba con toda energía en mi libro), olvidando que lo maravilloso ha sido conseguir formas *humanas* admirables —y llenas de posibilidades originales— en medio de la estrechez, bajo presiones que en otros lugares rebajan al hombre. Se ha intentado hacer una Andalucía lamentable, lacrimosa, tan de pandereta como la que siempre nos había exasperado; la única diferencia es que esta nueva pandereta lleva crespones negros.

Después ha comenzado el *mimetismo*, el afán de copiar lo que se hacía en otras regiones —el regionalismo, por lo general, es sumamente uniforme, y oblitera la originalidad de cada región, aplicando a todas un esquema abstracto, como Un impreso en que sólo hay que rellenar los nombres—. Han empezado a decirse sobre Andalucía cosas ¡tan poco andaluzas!

Uno de los síntomas que más me han alarmado ha sido la

CAMBIOS EN EL TRATAMIENTO DE ANDALUCÍA

**DESERCIÓN
DE LAS
MINORÍAS**

insistencia en cosas sumamente *recientes*. El espesor histórico de Andalucía es fabuloso, entre dos mil y tres mil años, según las comarcas o ciudades. El prodigio andaluz es que *todo es actual* y a la vez *viejísimo*, inmemorial. La casa enjalbegada me pareció el mejor símbolo de Andalucía: lo antiguó siempre renovado, flamante, reluciente de actualidad. Casi todo lo que se dice ahora por los que pretenden interpretar políticamente a Andalucía se puede «datar», y data de unos pocos decenios, tal vez de media docena de años: algo que nada les hubiese dicho a los andaluces que han hecho Andalucía siglo tras siglo, y que están *ahí*, en el presente, dándole su tremenda realidad.

Incluso se ha deslizado, tímidamente, como con un poco de vergüenza, el tema del «nacionalismo». Si no estuviese nuestro tiempo —no sólo nuestro país— inhibido desde hace varios decenios por una serie de tabúes y por lo que se solía llamar en español coloquial la «seriedad de burro», qué finas bromas hubiesen inventado los andaluces, qué ingeniosamente se hubiesen reído de muchas descripciones y de no pocos programas.

La expresión andaluza, durante larguísimo tiempo, no ha sido *pública*. Las minorías más cultivadas han desertado con demasiada frecuencia de su misión; el pueblo ha permanecido con su agudeza, su gracia, su ingenio, su respuesta pronta; pero todo eso en el nivel de lo *privado*, de la conversación, del comentario de vecino a vecino, de la tertulia, la procesión o la feria. En un mundo de periódicos, radio y televisión, eso no basta. Recordemos una vez más al sevillano Antonio Machado: «A distinguir me paro / las voces de los ecos.»

Los movimientos autonomistas han tenido hasta ahora una propensión sumamente peligrosa para las regiones afectadas por ella: la tendencia a la retracción, a concentrar la atención sobre ellas mismas y desentenderse de todo lo demás. Llevada a su extremo, esa inclinación es devastadora, y puede acarrear una decadencia muy rápida. La causa principal de la más larga y profunda que conoce la historia de Europa, la que siguió a la caída del Imperio romano y duró —como mínimo— hasta Carlomagno, es decir, durante cerca de cuatro siglos, fue la división de la Romanía en pequeños cuerpos sociales aislados, con un mínimo de comunicación, reducido cada uno de ellos a su parva sustancia.

**PELIGRO DE
RETRACCIÓN**

No es verosímil que una nación europea, y a fines del siglo XX, se llegue a una situación parecida, pero bastaría con la cuarta parte de ello para poner en grave riesgo la realidad de cada una de las porciones de la sociedad española, si éstas se cierran sobre sí mismas. Empieza a sentirse alarma al ver que en los cinco últimos años, cuando en España se ha recobrado la libertad política y se han ampliado indeciblemente todas las demás —que no estaban anuladas—, lejos de haberse producido un renacimiento intelectual, literario y artístico, se observa un indudable descenso. Las causas son muchas, y habría que preguntarse por ellas con rigor; pero ¿no será una de ellas el hecho de que varias importantes regiones han entrado en un proceso de retracción, de anormal absorción en sí mismas, y han empezado a desentenderse de te-

mas, cuestiones, estímulos que exceden de sus límites pero que son indispensables para entender y vivificar su propia realidad particular y, por supuesto, la del conjunto? El descenso de la capacidad creadora, ¿no estará provocado, entre otros motivos, por la *vita mínima* de grandes fracciones del país, que se proyecta inevitablemente sobre aquellas otras que, aun sin querer aislarse, se encuentran aisladas?

Se dirá que si uno no quiere aislarse, no se aísla, porque ahí está el ancho mundo a disposición de todo el que quiere enterarse de él y nutrirse de su sustancia; pero esa disponibilidad no es tan fácil como se piensa; hay, en primer lugar, una estructura nacional que funciona como un todo coherente, y que funciona mal si se prescinde de algunos de sus órganos; hay, en segundo lugar, un sistema de instituciones —públicas y privadas— cuya vitalidad depende del cuerpo nacional en su conjunto (una Universidad o un periódico que se atenga a los recursos humanos de una región cualquiera, forzosamente tienen que resultar angostos y de segunda clase); por último, la accesibilidad del mundo está condicionada por la lengua propia y las ajenas conocidas, por los recursos de información, las bibliotecas accesibles, etc., y todo particularismo la reduce y la hace problemática. Claro que los efectos son mucho más graves para las regiones que *quieren* aislarse, pero los efectos alcanzan a todas y a su conjunto.

Andalucía —dicho sea en su honor— no había tenido nunca ese impulso de retracción. Había tenido algo bien distinto, y si se mira bien, opuesto: la complacencia abierta en sí misma. Abierta, porque invitaba a todos a participar en su placentera realidad y tendía a derramarla fuera de sí misma (es lo que llamé «irradiación»). Andalucía ha estado siempre encantada de su *condición* (aunque no de su *situación*); de lo que *era*, aunque estuviera descontenta de *cómo le iba*. La expresión española «venido a menos» traduce maravillosamente un estado de ánimo y una situación real que se dan en ocasiones: venido a menos de un estado anterior, sí; pero también a menos *de lo que se es*. Desde ello, desde la afirmación de eso que se es, aunque se haya decaído, se puede intentar la ascensión, la recuperación de la verdadera realidad.

Se está ensayando una interpretación plañidera de Andalucía, que no se limita a reconocer sus males, pasados o presentes, sino que olvida sus prodigiosas calidades, sus valores, sus recursos fabulosos. Con pretexto de lo que le falta, se hace almoneda de lo que tiene; y sobre todo de lo que es.

A nadie que se haya vuelto a Andalucía con amor e inteligencia se le han pasado por alto sus limitaciones, sus estrecheces, sus males, a veces angustiosos. ¿No los tenía a la vista Valera, a pesar de su habitual optimismo y de que, cuando escribía, la situación en conjunto era favorable? ¿Los olvidó Azorín, autor de su estre-mecedor ensayo «La Andalucía trágica»? Insistí largamente en todo ello cuando escribí *Nuestra Andalucía*, y es curioso cómo irritó a algunos que esos males me dolieran aún más por afectar a una tierra que, a pesar de ellos, sigue siendo asombrosa.

La conciencia regional, si es enérgica, si tiene pretensiones de afirmar la personalidad propia, no puede llevar a la retracción,

**COMPLACENCIA
DE SÍ MISMA**

**AUTONOMÍA
COMO
AFIRMACIÓN
DÉLA
PERSONALIDAD**

sino al contrario. A menos que... Empieza a preocuparme la actitud que se está dibujando entre las fuerzas que promueven las autonomías. Casi siempre hablan del «Estado central» como si no formasen parte de él, como si fuera una instancia ajena. Los gobiernos autónomos son *parte del Estado nacional*, piezas intrínsecas de él, establecidas por la Constitución; el Estado no es propiamente «central» (y desde luego no es «centralista», como no deben ser «centrífugos» los gobiernos de las comunidades autónomas). Esa tendencia a fingir un Estado *central y ajeno* puede ser un arbitrio para dos cosas: para pedirle dinero y para usarlo como «chivo emisario» que disculpe de los errores y desaciertos.

Todo ello es ilusorio: España no puede pedir dinero más que a sí misma: no hay «terceros». Todo tiene que salir de la riqueza española, de la que entre todos creemos (y no malgastemos). Las regiones no pueden soñar con una ubre abstracta a la cual recurrir, porque son ellas mismas las que la constituyen, las que pueden hechirla o dejarla exhausta. Y cuanta más autonomía se tenga, más directamente caen sobre cada región las responsabilidades de lo que en ella se haga —o se deje de hacer.

La autonomía debe significar la afirmación de la personalidad de cada región *entera*, unida y no fragmentada, y por tanto su enérgica presencia en el conjunto de España. Lejos de ser una incitación á la retracción, debe ser el estímulo para la interacción activa de todas las partes en el todo, potenciándose así unas y otros.

En el caso de Andalucía, esto es lo que ha hecho a lo largo de su historia, salvo algunos momentos de desmayo. Ha sido tan activamente española, que toda España parece andaluza. Ese es el camino del urgente restablecimiento de una Andalucía *en forma*, a la altura de sí misma. La tarea urgente del regionalismo andaluz sería preguntarse por la causa de haber «venido a menos» y completar lo que tiene con lo que le falta.

Los problemas más difíciles de Andalucía vienen de una estructura arcaica, que se remonta a la Reconquista: los viejos señoríos han pesado demasiado sobre el pueblo; cuando los aristócratas y los grandes propietarios se desplazan en alta proporción a Madrid, progresivamente y sobre todo desde el siglo pasado, sobreviene la decadencia de una sociedad en gran parte «descabezada»; piénsese en las ciudades ducales. Una consecuencia de ello es la ruralización de las ciudades, la ausencia de minorías activas, fermentos de transformación; la escasa acción de las Universidades sobre el conjunto del país; la retracción de los grupos sociales mejor dotados económicamente —y tal vez no tanto en otros aspectos.

Esto explica que en Andalucía no se hayan establecido las industrias complementarias para asegurar el trabajo y los ingresos de una comunidad primariamente agrícola; que haya habido una tendencia al abandono, a dejar que las cosas sigan su camino sin ejercer sobre ellas un dirección inteligente.

Añádase a esto la dispersión de una región muy grande y relativamente superpoblada: Andalucía no ha actuado unitariamente casi nunca; de cada provincia —sin realidad suficiente— se ha

apelado a un Madrid distante y no muy enterado. La recuperación de la personalidad unitaria de Andalucía parece esencial, condición de su prosperidad. Es menester que el andaluz, ante cualquier cuestión perentoria, tienda la mirada alrededor, por toda la extensión de Andalucía, y busque en ella los recursos, la inspiración, la fuerza.

Pero al decir toda la extensión, no pienso sólo en la superficie, sino en todos los niveles, todos los estratos y grupos sociales, toda la diversificación que hace eficaz a un pueblo de nuestro tiempo. Es esencial conseguir la movilización, no ya de toda Andalucía, de Huelva a Almería, sino de *todos los andaluces*. En una palabra, la condición capital es la *integración* de Andalucía, región más «invertebrada» que el conjunto de España.

Mi admiración por el *pueblo* de Andalucía ha sido siempre muy grande —por eso los pueblos, los grandes pueblos andaluces, casi urbanos pero que no llegan a serlo del todo, se cuentan entre las formas arquitectónicas y sociales más interesantes del mundo—. Cuando Andalucía tuvo minorías activas, creadoras, refinadas, llegó a lo más alto que ha habido en España, comparable a muy pocas formas históricas en el mundo entero. Si se hace un balance de la concentración de arte y literatura que Andalucía ha producido desde la Edad Media hasta el siglo xviii, con una condensación mayor en Sevilla, asombra. Luego han venido diversas decadencias parciales, causadas por muchos factores, y entre los más importantes la falta de minorías activas. Y digo «activas» porque no estoy seguro de que no hayan existido; de vez en cuando aparece un andaluz, enteramente desconocido, que es un prodigio de calidad humana, que tiene posibilidades extraordinarias; pero ¿qué ha hecho? Desde el punto de vista de la comunidad, es como si no hubiera existido. Replegado sobre sí mismo, en un piso de la ciudad o en un cortijo, quizá rodeado de libros, de plantas en maceta o arraigadas en el suelo, está ahí, segregado de su sociedad, inoperante, sin convertirse en la levadura que Andalucía necesita para su perfección, para su plenitud.

Si la afirmación regional de Andalucía se hace con un espíritu «clasista» —sea cualquiera la clase en que se apoye—, no hará más que acentuar su invertebración, su fragmentación interior, su incapacidad de salir de un fondo de apatía que hace mucho tiempo la amenaza. Si, por el contrario, Andalucía unida significa la movilización de todos los andaluces en su variedad, no ya dejando, sino exigiendo a cada uno que sea lo que es, y que lo sea para los demás, se podrá ver con esperanza el porvenir de una de las comunidades humanas más interesantes que existen y cuyo desenvolvimiento está más estorbado.

Es esencial que *nadie sea desalentado*; que no se prescinda de nadie (que nadie sea considerado prescindible). Por eso es esencial evitar todo *negativismo*, toda propensión al vinagre —tan contrario al espíritu andaluz, que lo reserva para las ensaladas y lo descarta de la convivencia.

Para ser andaluz no basta con que lo diga el documento de identidad; es menester una fidelidad a esa modulación de lo hu-

INTEGRACIÓN

SIGNIFICADO DE LA UNIÓN

**LA PELIGROSA
CAÍDA EN
EL
RURALISMO**

mano, tan compleja y delicada, en que Andalucía ha consistido. Cada forma regional tiene que contrastarse con lo que es en sus versiones superiores, cuando da su máxima intensidad y pureza. Ser regionalista, si quiere decir algo positivo y aceptable, es una exigencia: el que es simplemente «regional» puede contentarse con ser andaluz, castellano, catalán, gallego, vasco; el regionalismo no puede ser una exacerbación de esa condición, o un exclusivismo maniático, sino una obligación de realizarla con la mayor intensidad y perfección posible, sin errores ni desmayos.

Si Andalucía quiere tomar su personalidad global y afirmarla, con ello adquiere un compromiso de no pasar por movimiento mal hecho, de no tolerar la corrupción, la chabacanería, la indolencia, el desaliño. Es decir, no bastará con ser andaluz «de hecho» y de cualquier manera, sino de tal modo que la conducta de cada uno sea digna de esa pretensión, de esa afirmación.

Y, por supuesto, tal exigencia excluye el aldeanismo, el provincianismo, la desfiguración de la realidad como si Andalucía existiera sola y por sí, sin tener que ver con el resto de España y, a través de su totalidad, con el resto de Europa y del mundo. Eso significaría la recaída en el peor de los males de Andalucía, causa principal de sus desigualdades sociales, de su penuria económica, de la pobreza que obliga a tantos andaluces a abandonar su tierra natal. Quiero decir la recaída en el ruralismo.

El ruralismo no es la condición rural. Esta se contrapone a la condición urbana, y ambas se integran en una forma superior de vida. Un pueblo rural es en rigor prehistórico, está antes o fuera de la "historia. Lo urbano, por su parte, se apoya en el campo, se nutre de él, en él tiene —y la metáfora es inmediata— sus raíces. Andalucía, en los últimos tiempos, ha oscilado entre el ruralismo y el señoritismo —dos formas anacrónicas, que no tienen cabida en el mundo de finales del siglo XX.

Se presenta ante Andalucía una posibilidad atractiva y promi-sora; pero la vida humana *es* inseguridad. ¿Cómo estará cuando nuestro siglo se acerque a su conclusión? ¿Habrá vuelto al esplendor que tanto tiempo tuvo, habrá vuelto a irradiar sobre toda España, a ser una de sus facetas esenciales? ¿O habrá comprometido sus calidades más altas, se habrá dividido y agriado, se habrá retraído de su mundo real? En otras palabras: el año 2000, ¿será más o menos Andalucía? Aunque no espero verlo, apostaré por lo primero. Claro que el hombre honrado nunca apuesta cuando está seguro de ganar.